

QUE un novelista pronuncie la primera conferencia de un congreso de profesores de literatura puede ser tan razonable, y al mismo tiempo tan extraño, como que un atracador inaugure un congreso de criminalistas o que una bacteria participe en las conversaciones de los microbiólogos. Los novelistas, y en eso se parecen a los atracadores y a las bacterias, saben más que nadie de ciertas interioridades de su condición, pero son poco amigos de contarlas. En cuanto a los profesores de literatura, como los criminalistas y los microbiólogos, tienden a veces a pensar, desdichadamente con razón, que los objetos de sus desvelos no son conscientes del trabajo que dedican a ellos. Creo que este malentendido mutuo procede de esa absurda y rígida separación que ha venido estableciéndose en España entre lo que se llama educación y lo que se llama cultura. Los escritores muertos o momificados por la gloria pertenecerían, para entendernos, al reino de la educación, y los vivos al

de la cultura, según aquel siniestro refrán del muerto al hoyo y el vivo al bollo. El muerto al hoyo de los manuales, de los apuntes y de los comentarios de texto, y el vivo al bollo exiguo, pero en ocasiones sustancioso, de las conferencias de postín y de los premios y los convites oficiales. ¿No hay un Ministerio de Educación y otro de Cultura? Para ahondar más las diferencias, debe anotarse que la Cultura es el ámbito del prestigio, mientras que la Educación, sobre todo la pública, cada vez sufre una degradación y un descrédito mayores, que padecen por igual quienes la imparten y quienes deberían ser sus beneficiarios. La cultura es un esparate y una coartada, en ocasiones de lujo. La educación es un oficio que ha sido despojado en los últimos años de toda su dignidad pública y de gran parte de su legitimidad moral. No es necesario saber, pero sí estar al día. Más que el maestro ilustrado e irónico importa el nebuloso gestor de actos culturales. Los planes de estudio y las temibles reformas educativas, que tienen la infatigable virtud de empeorar todo desastre, marginan cada vez más a los saberes humanísticos, pero al mismo tiempo ese poder que perpetra lo que alguna vez he llamado la exaltación de la ignorancia se invierte de cualquier manera y a cualquier precio de los oropeles más lujosos de la Cultura. Les pondré un ejemplo que me parece de una claridad alocionadora. Hace unos meses se celebró en Madrid

una magnífica exposición de Velázquez a la que acudieron no sé cuántos cientos de miles de alumnos de enseñanza primaria —discúlpenme si me niego a la horterada de las siglas— y de institutos de bachillerato. En apariencia era una oportunidad de encuentro entre esos dos ámbitos ajenos de la educación y de la cultura. Pero, dejando a un lado que la mayor parte de los cuadros pueden verse diariamente en el Prado y que las colas y las multitudes difícilmente permitirían la contemplación serena de tantas obras maestras, cabe preguntarse con tranquilidad en qué medida estaban adiestrados la mayor parte de los alumnos para mirar y entender la pintura. Si desde los primeros años de la escuela no se han desarrollado en ellos sus habilidades casi innatas para el dibujo y la valoración del color; si en los planes de estudio la Historia de España, por no decir la Historia Universal, ha sido resumida en un vago híbrido llamado ciencias sociales, cuando no en la historia de su comunidad autónoma o de su comarca; si apenas han tenido ocasión de saber cuál es el pasado del país donde viven y de conocer y gozar la literatura del tiempo en que vivió Velázquez; si es posible que muchos de ellos, por no saber, no sepan escribir correctamente ese nombre y menos aún ponerle el acento, ¿cómo pueden juzgar y disfrutar esa pintura y mirar esos rostros que para ellos proceden de un mundo tan remoto como el planeta Saturno? Pero

ya dije que no se trata de saber, sino de estar al día. Y para estar al día no hay que estudiar y que entender a Velázquez: basta con haber estado en la exposición, con haber participado, siquiera como figurantes, en el espectáculo de la cultura.

Añadiré un segundo ejemplo. A un concierto de música clásica asiste un grupo de alumnos de bachillerato, generalmente inducidos por un profesor voluntarioso y heroico que los acompaña fuera de su horario de trabajo y sin recibir compensación alguna. Al cabo de unos minutos los muchachos se impacientan, tosen, se aburren, aplauden a destiempo, provocan miradas de disgusto de los acomodadores y de los entendidos. ¡Es inútil llevarlos, dirán, porque no entienden de música, porque ni les interesa ni tienen sensibilidad. Invadido por los bárbaros el ámbito de la cultura, sin más remedio hay que reintegrarlos al gueto de la educación. Y con una estupidéz muchas veces aliada al cinismo, al repudio le sucede el lamento. La gente no tiene oído, la televisión y los deportes los han embrutecido, se organizan exposiciones que permanecen desiertas y conciertos a los que no acude casi nadie, se publican libros y no se venden ni se leen más que los éxitos más zafios, nuestros índices de lectura son, y aquí viene la repulsiva y extendida palabra, tercermundistas. Y aceptado este hecho sin molestarse en indagar sus razones, se acentúa sin embargo el gran

carnaval de la alta cultura y se abandona a su suerte a quienes viven extramuros de ella, a los que nunca amarán la ópera ni leerán a Joyce ni merecerán comprender, por ejemplo, la pintura de vanguardia. Los escritores se lamentan de la falta de lectores, los concejales de cultura comprueban con resignación que sus salas de conferencias permanecen vacías, pero nadie parece darse cuenta de que la razón de que no exista esa asidua multitud a la que llamamos el público está en el gran foso abierto entre la educación y la cultura, entre el saber y el estar al día, entre el trabajo lento, disciplinado y sólo fértil a muy largo plazo y la pirueta instantánea concebida para recibir al día siguiente el halago de un titular de periódico y condenada a extinguirse sin dejar ni un rastro de ceniza. Con frecuencia, por un impulso de militancia residual que me queda de los tiempos en que estaba convencido de que la voluntad libre y la solidaridad de los hombres podían hacer más habitable el mundo, voy a dar conferencias a institutos de bachillerato, y siempre compruebo, con tanto entusiasmo como melancolía, una doble verdad. Primero, que en esas aulas está el mejor público que puede desear un escritor, el más receptivo, el más limpio de vanidad y de prejuicios; segundo, que hay muy pocas cosas tan hirientes como el contraste entre el dispendio ilimitado de las ceremonias culturales organizadas por

cualquier ayuntamiento, diputación o comunidad autónoma y la penuria absoluta en que casi siempre se desenvuelven los centros públicos de enseñanza. Pero ya saben que el nuestro es un país en el que al mismo tiempo que se celebran conciertos de las mejores orquestas del mundo los conservatorios de música se encuentran en condiciones nigerianas.

Se preguntarán por qué todavía casi no he hablado de literatura. Pero lo cierto es que desde el principio no he parado de hacerlo, pues no es posible reflexionar sobre el sentido de la literatura sin establecer las condiciones precisas en que se produce y las relaciones entre el acto de escribir y el acto de leer, entre la solitaria invención de un libro y la reinención simétrica que a su vez lleva a cabo el lector, ese personaje desconocido, imprevisible y con frecuencia inexistente. Si la literatura, como tiende ahora a creerse, es un adorno, un fetiche de prestigio para pavonearse ante los ojos embobados de la tribu, si es una materia fósil y apartada de la vida que sólo puede interesar a los eruditos, entonces tienen razón quienes la desdennan y quienes poco a poco la eliminan de los planes de estudio, y también tiene razón esa abrumadora mayoría del público que jamás se interesa ni se interesará por ella. Si la literatura es superflua, ustedes y yo, que de un modo u otro nos ganamos la vida gracias a ella, tendremos razón si nos sentimos impostores y si en

rachas de desaliento pensamos que carece de sentido un oficio que a nadie más que a nosotros le importa. Recuerdo que cuando yo estudiaba sexto de bachillerato, la clase de literatura consistía en una ceremonia entre tediosa y macabra. Un profesor de cara avinagrada subía cansinamente a la tarima con una carpeta bajo el brazo, tomaba asiento con lentitud y desgana, abría la carpeta y comenzaba a dictarnos una retahíla de fechas de nacimientos, títulos de obras, características de diversa índole y fechas de defunción que era preciso copiar al pie de la letra, porque en caso de que no supiéramos el año de la muerte de Calderón de la Barca corríamos el peligro de suspender el examen. Afortunadamente para mí, a esa edad yo ya estaba enfermo sin remedio de literatura y había tenido ocasiones espléndidas de disfrutarla, pero comprendo que para mis compañeros de clase, cuyas únicas noticias sobre la materia eran las que nos daba aquél lúgubre profesor, la literatura sería ya para siempre odiosa. Y del mismo modo que la educación religiosa del franquismo fue una espléndida cantera de librepensadores precoces, la educación literaria era, y en ocasiones sigue siendo, una manera rápida y barata de lograr que los adolescentes se mantuvieran obstinadamente alejados de los libros.

A nadie le interesa aprender cosas inútiles. Des-
de que nacemos nuestra necesidad de aprendizaje

está ligada a nuestro instinto de supervivencia. Queremos saber lo que nos resulta necesario, y buscamos fuera de nosotros lo que existe como un esbozo o una intuición dentro de nosotros mismos. Por eso sólo amaremos los libros si nos damos cuenta de que no son inútiles y de que pertenecen al reino de nuestra propia vida. Leer no es hacer méritos para aprobar un examen ni para demostrar que se está al día. Un libro no se puede adquirir por lo que se compra un temario de oposiciones o una camisa de moda. Un libro verdadero — porque también hay libros impostores — es algo tan material y necesario como una barra de pan o un jarro de agua. Como el agua y el pan, como la amistad y el amor, la literatura es un atributo de la vida y un arma de la inteligencia y de la felicidad. Pero no hay que culpar a la mayor parte de los posibles lectores de que no lo sepan. Tampoco parecen saberlo muchos escritores, o si lo saben lo guardan en secreto.

Un amigo mío que se dedica a enseñarla, dice que la literatura no es cultura, sino algo mucho más serio y más elemental. La literatura, su médula, es una consecuencia del instinto de la imaginación, que opera con plenitud en la infancia y que poco a poco suele ir atrofiándose, como todo órgano que se deja de usar. De mayores nuestra imaginación se mueve con tanta torpeza como nuestra mano izquierda, y ya no sabemos recordar que hubo un tiempo en que

el juego y la fábula eran en nosotros no una manera desmañada de huir de la realidad cuando tenemos tiempo o ganas o cuando nos dejan, sino la forma soberana del conocimiento. Mediante el juego aprendíamos las leyes y las normas del mundo. Nuestra imaginación se apoderaba de las cosas, transmutando su realidad ostensible en una apariencia maleable que obedecía a nuestros deseos. Lo que para los mayores era siempre un desván o un jardín también era desván y jardín para nosotros, pero teníamos el poder de convertirlo en gruta y en selva. Nuestro padre, que según luego descubrimos con cierta decepción es un hombre común, entonces era un héroe y un gigante bondadoso o temible. El tiempo, ahora tan fugitivo, tan cuadrículado en horas y en minutos, era tan vasto entonces como el tamaño que tienen las habitaciones del pasado en nuestro recuerdo. Para los griegos del tiempo de Hesíodo la poesía era la expresión más detallada de las leyes de la naturaleza. Del mismo modo, en esa edad de oro de la que todos somos supervivientes mediocres, nuestra primera infancia, placer y aprendizaje, juego y verdad, imaginación y descubrimiento, eran términos sinónimos. Como los pueblos primitivos, nuestra forma de conocimiento era la mitología: el papel que ésta ocupa en la memoria y en la vida cotidiana de una tribu amazónica la ocupaban los cuentos en nuestra infancia. A medida

que creemos y que empiezan a adiestrarnos para el trabajo, para la mansedumbre y para la infelicidad, el hábito de la imaginación se vuelve peligroso o inútil, y sin darnos cuenta lo vamos perdiendo, no porque éste sea un proceso tan natural como el del cambio de voz, sino porque hay una determinada y eficazísima presión social para que no nos convirtamos en seres saludables y felices, sino en súbditos dóciles, en empleados productivos, en lo que antes se decía hombres de provecho. Se rompe entonces lo que al principio estuvo unido, se trazan las fronteras rigurosas que ya seguramente no sabemos romper, y el juego, la fábula, la imaginación, quedan despojados de su soberanía y convertidos en proscritos o, lo que es peor, en bufones, como esos jefes sioux que después de la rendición de sus tribus lanzaban sus gritos de guerra y se pintaban la cara no para cabalgar con libertad y orgullo por praderas ilimitadas sino para actuar de comparsas en el circo siniestro de Buffalo Bill.

Pero la imaginación es muy fuerte y tarda en ser vencida. Yo creo que el período de nuestras vidas en el que se libra la batalla más difícil, que también resulta ser la definitiva, transcurre al final de la infancia y en la adolescencia, y no es casual que sea en ese tiempo cuando nos aficionamos a la literatura y a la rebeldía y cuando se decide inapelablemente nuestro porvenir. Es entonces cuando

los libros, si nos han educado para acercarnos a ellos, nos importan más, porque intuimos que ocupan un lugar estratégico en la disputa, con frecuencia desconcertada y amarga, entre la realidad y el deseo, que por desgracia ya no son evidencias iguales. Estoy convencido de que el escritor lo es en la medida en que al crecer ha seguido guardando consigo el fuego sagrado de la imaginación, el impulso antiguo y nunca desfallecido por interpretar el mundo no mediante el análisis sino mediante la fábula, y de suspender de vez en cuando las leyes inflexibles de lo evidente para mirar al otro lado y descubrir lo que las apariencias aceptadas ocultan. Pero hay veces en que la literatura, fingiendo ser leal a la imaginación y a sus severas responsabilidades — pues no hay responsabilidad mayor que la de conocer el mundo y averiguar qué lugar ocupa en él nuestra propia vida —, en realidad se ha convertido en criada, y emplea la ficción no para decir la verdad, sino para mentir, y establece un juego que es profundamente tramposo porque para lo que sirve es para enajenarnos de la verdadera vida, para no dejarnos distinguir entre los fantasmas y los seres reales, entre las voces y los ecos. Los juegos y los cuentos nos enseñaban a vivir, igual que los mejores libros. Esa literatura farisea contra la que yo quisiera estar siempre en guardia a lo único que nos enseña es a permanecer encerrados, a desconfiar de la vida e

incluso a desdenarla. La literatura que importa, ya lo dije, es como el agua y como el pan, y su lectura nos contagia el vigor de la lucidez. La literatura de simulacros es como un narcótico que nos induce a la pasividad de los fumadores de opio. Comprenderán también que desde mi punto de vista la tarea del que se dedica a introducir a los adolescentes en el reino de los libros es la de enseñarles que éstos no son monumentos intocables o residuos sagrados, sino testimonios cálidos de la vida de los hombres, palabras que nos hablan con nuestra propia voz y que pueden darnos aliento en la adversidad y entusiasmo en la desgracia. Decía Ortega y Gasset que los grandes escritores nos plagan, porque al leerlos descubrimos que están con nosotros nuestros propios sentimientos. En este sentido, yo no creo que el escritor sea alguien aislado de los otros y singularizado por el genio o por el talento. El escritor, más bien, es el que más se parece a cualquiera, porque es aquel que sabe introducirse en la vida de cualquier hombre y contarla como si la viviera tan intensamente como vive la suya propia.

La literatura, pues, no es aquel catálogo abrumador y soporífero de fechas y nombres con que nos laceraba aquel profesor del que les hablé antes, sino un tesoro infinito de sensaciones, de experiencias y

vidas que están a nuestra disposición igual que lo estaban a la de Adán y Eva las frutas de los árboles del Paraíso. Gracias a los libros nuestro espíritu puede romper los límites del espacio y del tiempo, de manera que podemos vivir al mismo tiempo en nuestra propia habitación y en las playas de Troya, en las calles de Nueva York, en las llanuras heladas del Polo Norte, y podemos conocer a amigos tan fieles y tan íntimos como los que no siempre tenemos a nuestro lado pero que vivieron hace cincuenta años o veinticinco siglos. La literatura nos enseña a mirar dentro de nosotros y mucho más lejos del alcance de nuestra mirada. Es una ventana y también un espejo. Quiero decir: es necesaria. Algunos puritanos la consideran un lujo. En todo caso es un lujo de primera necesidad.

Pero que sea necesaria, que responda a un impulso que late en cada uno de nosotros, que se perezca al juego y al sueño, no quiere decir que sea un tesoro puesto al alcance de la mano, que cualquiera pueda sin esfuerzo escribirla y leerla. Cunde en los últimos años la superstición irresponsable de que el empeño, la tenacidad, la disciplina, no sirven para nada, y de que cualquiera puede hacer cualquier cosa a su antojo. Eso que llaman lo lúdico se ha convertido en una categoría sagrada, aunque he de confesarles que yo no sé lo que es. Creo que un síntoma de esa tendencia a la pereza y a la falta

absoluta de rigor es una repugnante película que se estrenó hace unos años y que obtuvo todos los Oscars posibles. Me refiero a *Amadeus*, de Milos Forman. En ella se nos presenta a Mozart como un joven cretino al que el genio le ha sido concedido por una especie de capricho de Dios. Salieri, que es estudioso, perseverante, concienzudo, resulta ser un fracasado. Mozart, un idiota que no para de reír y de emborracharse y que lleva la peluca torcida se sienta de pronto al clave y compone una música irrepetible. El genio, pues, según esa película, y según la creencia que se impone en la actualidad, no requiere trabajo ni disciplina, sino nada más que espontaneidad y juventud, y algo de suerte. Pero todos sabemos, aunque de vez en cuando se nos olvida, que las cosas que más instintivamente llevamos a cabo, las que nos parece que nos salen sin esfuerzo, han requerido un aprendizaje muy lento y muy difícil, y que la lentitud y la dificultad nos han templado mientras aprendíamos. Hablamos con naturalidad nuestro idioma, pero nos costó años aprenderlo. Caminamos sin dificultad y sin ser conscientes de nuestros pasos, pero hizo falta que nos cayéramos cientos de veces y que venciéramos el miedo y el vértigo para que pudiéramos andar erguidos por primera vez. Los mayores logros del arte, de la música, de la literatura, incluso del deporte, tienen en común una apariencia singular de facilidad. Pero a

ese atleta que en menos de diez segundos corre cien metros ese instante único le ha costado años de entrenamiento, y ese músico que toca delante de nosotros sin mirar la partitura y ese aficionado que se la sabe de memoria y goza cada instante de música han pasado horas innumerables estudiando aquello que más amaban, negándose al desaliento y a la facilidad. Se nos educa para disciplinarnos en nuestros deberes, pero no en nuestros placeres. Por eso nos cuesta tanto trabajo ser felices.

Aprender a escribir libros es una tarea muy dura, un placer extremadamente laborioso que no se le regala a nadie. Lo que se llama la inspiración, la fluidez en la escritura, la sensación de que uno no arranca las palabras al papel, sino de que ellas van por delante señalando el camino, sólo llega, cuando llega, después de mucho tiempo de disciplina diaria. Esos genios de la novela que andan a todas horas por los bares son genios de la botella más que de la literatura. Y aprender a leer los libros y a gozarlos también es una tarea que requiere un esfuerzo largo y gradual, lleno de entrega y de paciencia, y también de humildad. Pero decía el maestro Lezama Lima que sólo lo difícil es estimulante. Ya sé que todo esto que digo suena a herejía en estos tiempos, y que todo aquel que, en el oficio de ustedes o en el mío, defiende estas convicciones está condenado a la extravagancia o a la marginalidad.

Pero también sé que, frente a la mansedumbre, a la codicia y a la zafiedad que quieren ahogarnos, la imaginación y la libertad son las armas más nobles de las que disponemos, y que tampoco pasa nada por predicar en desierto. La mayor parte de las cosas que ahora nos parecen naturales —el derecho a voto, la libertad de expresión, la igualdad jurídica, la jornada de ocho horas— fueron durante mucho tiempo imposibles. Parece imposible que el número de lectores crezca en España y que la gente ame la literatura y haga placentero el trabajo de ustedes, pero vale la pena la temeridad de intentarlo. Por- que la literatura no está en esos grandilocuentes actos oficiales, en las conversaciones chismosas de los escritores, en las entrevistas de la televisión. Donde está y donde importa la literatura es en esa habitación cerrada donde un hombre escribe a solas a altas horas de la noche, en el dormitorio de un niño que se desvela leyendo a Emilio Salgari, en el aula de un Instituto donde un profesor sin más ayuda que su entusiasmo y su coraje le transmite a uno solo de sus alumnos el amor por los libros.

Conferencia inaugural del I^{er} Simposio de la APE, celebrado el día 8 de mayo de 1990 en el Paraninfo de la Universidad Complutense de Madrid.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

LAS HOGUERAS SIN FUEGO

QUERIDOS amigos:

Hoy es un día singular para todos los que vivimos alrededor de los libros y rodeados por ellos. Nos hemos acostumbrado a suponer que el espacio que nos corresponde es el de la solitaria intimidad de las bibliotecas, pero hoy, para nuestra sorpresa y nuestro gozo, los libros abandonan fugazmente esos lugares cerrados y salen a la luz pública de las calles, y su silencio no nos llama desde la penumbra de las estanterías, sino desde los luminosos puestos del mercado. Armados de todas armas, como los caballeros de los romances, como don Quijote cuando salió a la llanura de la Mancha, los libros salen a la calle para afirmar su buena nueva, que es tan antigua como nuestra historia y durará más que nosotros a pesar de todas las torvas profecías que vienen condenándonos a la inminente extinción casi desde que el mundo es mundo. Las gentes positivas suelen decirnos que los libros no sirven para nada, que no se venden, que

no interesan a nadie. Pero algo tendrán cuando todas las tiranías han querido sojuzgarlos y quemarlos y cuando todos los hombres libres han aprendido de ellos y los han usado para enseñar la libertad. Decía nuestro Cervantes que no hay libro tan malo que no contenga algo bueno. Él, que de niño leía hasta los papeles rotos de las calles, nos legó un libro que ya pertenece a la imaginación de todos los hombres y que es el mejor tratado sobre la lectura y los libros que se haya escrito nunca. El *Quijote*, más que de las aventuras de un hidalgo manchego que se volvió loco, de lo que trata es de los libros y del acto peligroso y sagrado de leer. Alonso Quijano es un lector sin remedio: la lectura consume sus días y sus noches, su razón y su hacienda. El mismo Cervantes, autor del libro, se nos presenta como lector: tiene noticia del caballero leyendo los archivos de la Mancha, y cuando éstos se le agotan encuentra providencialmente unos cartapacios escritos en árabe que se hace traducir para satisfacer la pasión de seguir leyendo. En una venta, el curso de la acción es interrumpido para que los personajes lean la historia del curioso impertinente. En Sierra Morena don Quijote encuentra una maleta que contiene una bolsa con dinero y un librito de notas. Sancho enseña da elige las monedas. Don Quijote, al ver las páginas escritas, despierta de inmediato a la pasión de leer, y así conoce los versos desesperados de Cardenio.

Resuelto a volverse loco de amor a imitación de Amadís —es decir, por parecerse a lo que ha leído en un libro— el caballero decide escribir versos de amor, pero como no tiene papel, los escribe en las cortezas de los árboles, haciendo así que el paisaje entero se convierta en un libro. Y en la segunda parte, cuando Cervantes alcanza el límite más alto de su sabiduría narrativa y de su ironía y su ternura, los libros se confunden tan indiscutiblemente con la realidad que don Quijote lee la primera parte del *Quijote* y encuentra al azar a un personaje de otro libro, don Álvaro Tarfe, caballero granadino nacido en el espúreo *Quijote* de Avellaneda.

Nadie como Cervantes conoció mejor la pasión de leer y la pasión de contar, la soledad propicia en que los libros nos envuelven y la mágica comunicación con otros hombres que sólo ellos nos permiten. Acuérdense de aquellos versos de Quevedo escritos en su desengañado retiro en la torre de Juan Abad:

Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos, pero doctos, libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.

Y es que los libros nos conceden el privilegio mágico de seguir escuchando voces que hace mucho

tiempo se apagaron y de visitar lugares a los que no iremos nunca y de hablar íntimamente con hombres y mujeres cuyos rostros y vidas desconocemos. Ellos, los libros, nos agrandan la vida. Cada uno es como aquel Aleph de Borges en el que estaba contenido simultáneamente todo el universo. Nuestra memoria, nuestra experiencia individual, son irremediablemente pobres. Pero en una biblioteca nuestra memoria se prolonga hasta las últimas regiones del pasado, y podemos recordar cosas al mismo tiempo reales e imposibles: el coraje de Héctor, la fría belleza de Helena, las naves griegas varadas frente a los muros de Troya, el brío de Moisés, el horror de los infiernos y las mitologías de Babilonia, el crimen y la culpa del rey Edipo, la melancolía del Cid cuando se separaba de sus hijas, el hambre del Lazarrillo y de don Pablos, la callada desesperación conyugal de Emma Bovary, el resplandor de los ejércitos de Napoleón cuando avanzaban por las llanuras de Europa, la angustia de ese modesto viajante de Comercio, Gregorio Samsa, que una mañana, al despertarse en su cuarto se encontró convertido en un enorme insecto. . .

Pero imaginen también todo lo que hemos perdido con la destrucción de los libros, qué vidas que pudieron ser nuestras nos fueron arrebatadas en el incendio de la gran Biblioteca de Alejandría, en la lenta barbarie de los siglos oscuros, en las hogueras

que se levantaron en las plazas de Granada para quemar los libros de los árabes, en esa hoguera interesante en la que ardió Giordano Bruno y que era la misma a la que arrojaron los nazis en 1933, en todas las plazas de Alemania, los libros condenados por su intolerancia.

Todos los fanáticos encienden hogueras y quemaron o proscriben libros, como el cura y el Ama del Quijote, que sabían que sin ellos no habría prendido en el alma del hidalgo la doble semilla de la libertad y la locura. Pero hay hogueras más terribles porque no usan el fuego, sino la ignorancia. Durante medio siglo nosotros la hemos padecido. Nuestros mejores libros fueron condenados a esa hoguera fría del olvido. Las más altas inteligencias españolas se dispersaron en el exilio y en la soledad, cuando no en la cruda muerte. Los libros que debieron ser nuestro orgullo y nuestra memoria apenas nos llegaban clandestinamente, y a muy pocos de nosotros, y de la edad de plata que conoció nuestra literatura en este siglo casi nadie pudo mantener el recuerdo. En 1936 fue pronunciada la consigna: «Muera la inteligencia». Y hemos temido que crecer en la oscuridad, y dos generaciones enteras de españoles fueron rigurosamente excluidas de los dones que les pertenecían. Lo peor de la dictadura, el maleficio que todavía nos ata, es que al privarnos de la libertad y de los libros nos convirtieron en un país sin memoria.

Todos los informes y las estadísticas nos dicen que en España se publican muchísimos libros y que se leen muy pocos. Yo no creo que eso se deba al influjo zafio de la televisión, porque en otros países hay todavía más televisores y se leen infinitamente más libros. Estoy seguro de que la única razón es que aún no hemos vencido la voluntad consciente de ignorancia y amnesia que fue el arma más poderosa de la tiranía. Prohibir los libros o quemarlos es tal vez una medida eficaz a corto plazo, pero muy rudimentaria. Lo verdaderamente letal es aniquilar en los hombres el instinto y el deseo de la lectura, o no dejar que nazca. Esa es una decisión política, y sólo con otras decisiones políticas puede ser combatida, y yo no estoy muy seguro de que se hayan tomado. No es algo que requiera excesiva imaginación ni demasiada audacia. Se trata, estrictamente, de descubrir el Mediterráneo, de copiar lo que otros han hecho. Los escritores, los lectores, incluso los editores y los libreros, somos gentes aisladas y más bien débiles, francotiradores solitarios contra la gran invasión de la ignorancia. Es el poder público quien tiene la responsabilidad de dilatar entre nosotros la vida y el eco de los libros. No es una tarea difícil ni demasiado cara, pero sí lenta y necesariamente tenaz, porque sus frutos tardarán años en notarse. A los poderes públicos, a todos ellos, y miren que hay variedad y abundancia, les

ha dado por emprender una competición de premios millonarios y lujosos culturales. No hay Ayuntamiento que no convoque un premio de narrativa o poesía ni cabildo que no cuente con un servicio de publicaciones tan fértil como inútil. La abundancia de premios oficiales se va pareciendo ya a la proliferación de loterías, y el que no gana el Cervantes se consuela con la pedrea del Príncipe de Asturias, y los escritores de Corte, en lugar de escribir, rellenan la quiniela del Nacional, a ver si cae algo.

No estoy en contra de los premios, a condición de que de verdad sean útiles para la difusión de la literatura, y también, hay que decirlo, para el bien-estar y el prestigio de los escritores que los ganan, porque siempre será menos perjudicial que sea un escritor y no un delincuente quien obtenga sin mucho esfuerzo algún dinero. Pero muchas veces las instituciones utilizan los premios como coartada o disculpa de otras cosas que deberían hacer y que no hacen. Con su mejor voluntad, por ejemplo, convoca un Ayuntamiento un premio de novela, y lo dota bien, y procura que el fallo sea justo, pero luego resulta que el libro ganador no se publica o se publica mal y acaba yaciendo para siempre no en el silencio del olvido, sino en un almacén. Los libreros saben, como los escritores, que la mayor parte de los servicios de publicaciones oficiales son máquinas

de fabricar libros que no se distribuyen y que nadie conoce, que sólo sirven para que alguien complete sin esfuerzo un expediente.

Son los editores quienes tienen que editar los libros, y los libreros quienes tienen que venderlos. Los escritores merecen ganarse la vida con su oficio, que es el de escribir, pero no el de andar por ahí como viajantes de sí mismos participando en congresos oficiales que no sirven absolutamente para nada. La intervención directa de las instituciones en el ámbito de la creación artística es sumamente peligrosa. Miren el cine español, que es ya un arte cortesano en el que todo el mundo está sumamente interesado, salvo los espectadores, que casi nunca van a verlo.

Es otra la tarea de la administración con respecto a los libros, y es muy simple, planes de estudio que en la educación primaria y en el bachillerato fomenten la lectura y el conocimiento y la familiaridad con los libros, y no esa vergonzosa tendencia a la marginación de los saberes humanísticos que convierte a la literatura en un saber inútil que no interesa a nadie, ni siquiera a quien la imparte, que muchas veces, y basta darse una vuelta por la universidad para comprobarlo, no es sino un simple transmisor de ignorancia. Bibliotecas públicas, cómodas y accesibles, en todas las ciudades, en todas partes, de modo que quien no pueda comprar un

libro tenga la posibilidad de leerlo, y adquiera entonces el virus incurable de la lectura, y al cabo de unos años se vuelva un adicto a las librerías. Bibliotecas públicas que, igual que en Inglaterra y en Estados Unidos, constituyan un mercado fijo para las editoriales y les garanticen sin sobresaltos la rentabilidad básica de una publicación. Y por fin leyes, que establezcan un marco público favorable al libro: que garanticen la dignidad del trabajo del escritor, que ahora mismo, en la industria editorial española, es el último mono; que eliminen los impuestos para los libros, de manera que su precio sea más accesible; que favorezcan dentro y fuera de España su acceso al mercado en condiciones ventajosas.

Como ven, no estoy pidiendo la Luna ni exigiendo milagros. La lectura en España es un acto minoritario, y su industria editorial tan débil que una sola firma italiana, Mondadori, publica y vende al año más ejemplares que todas las editoriales españolas juntas. Pero tampoco creo que haya que andar por ahí predicando la catástrofe, y no sólo porque haya aprendido en Antonio Gramsci que contra el pesimismo de la razón hay que esgrimir el optimismo de la voluntad. También la razón nos ofrece prometedores motivos para el optimismo.

El primero de todos, el que a todos los contiene, es el hecho fervoroso de la libertad, porque ya dije

que sin ella no es posible el ejercicio pleno de la inteligencia. Algunos carcamales, para disculpar la censura, nos preguntan que dónde están esas obras maestras que al parecer debían de surgir cuando la dictadura terminara, y nos recuerdan que nuestro siglo de oro coincidió con la apoteosis de la Inquisición. Pero en los últimos diez años algo ha comenzado a moverse en la literatura española, algo cuyas mejores frutos tal vez todavía no han aparecido o tardarán más tiempo en descubrirse. Por primera vez en medio siglo los escritores españoles pueden permitirse el lujo de pensar sólo en la literatura, y no en derribar con sus libros a la tiranía o en salvar al pueblo. Hace quince años, la literatura española era una especie de casino en el que reinaban cuatro o cinco nombres que desde hacía mucho tiempo no tenían absolutamente nada que decir. Para un escritor joven era casi imposible publicar un libro si no estaba en Madrid o no contaba con los padrinos adecuados. Ahora, al menos en el campo de la novela, es hasta demasiado fácil publicar. Ahora no hace falta pertenecer a un cónclave de elegidos para que los libros de uno lleguen a un editor. Hace quince años, salvo uno o dos nombres que están en la conciencia de todos, a nadie se le ocurría la insensatez de intentar ganarse la vida con la literatura, porque los libros que más se vendían eran best-sellers an-glosajones o sudamericanos.

Miren ahora las listas de libros más vendidos que publican los periódicos: al menos la mitad son libros españoles, y algunos de sus autores no han cumplido todavía los cuarenta años. No piensen, desde luego, que defiendo a ciegas la legitimidad del mercado ni que me creo ese cuento de la nueva narrativa en el que a pesar mío más de una vez me han incluido. Les hablo de indicios, de que está surgiendo, y yo lo noto, un nuevo tipo de relación entre el escritor y el lector. Son indicios muy débiles, pero nos permiten imaginar que si las condiciones exteriores mejoran el libro podrá ocupar entre nosotros el lugar que merece, el que nunca ha tenido. Hemos vivido durante siglos como enquistados en nosotros mismos, en la interminable desgracia de nuestra historia. Los libros españoles ni siquiera interesaban en España porque había con frecuencia en ellos como una falta de universalidad y de espacios abiertos. Hace poco un escritor inglés dijo que España era una provincia menor de la literatura. Y es que nuestros libros han padecido una doble orfandad, la de no ser conocidos ni en nuestro país ni fuera de él, porque el despotismo y la ignorancia mantuvieron durante mucho tiempo cerradas las fronteras de nuestra geografía y de nuestra imaginación. Nuestra literatura, para el lector culto de Europa y de Norteamérica, ha quedado reducida al *Quijote* y a García Lorca. Piensen en el hecho inconcebible de

que ni Galdós ni Clarín hayan contado en la historia de la novela europea. Ahora, empujados por ese mismo aire de la libertad que propició el Nobel de Vicente Aleixandre, *Fortunata y Jacinta* y *La Regenta* han sido traducidas al francés y al inglés, al cabo de un siglo, y se agotan las ediciones y la crítica se asombra de que tales maravillas hayan permanecido tanto tiempo ocultas.

Y si Galdós y Clarín han esperado un siglo para ser traducidos, muchos escritores de mi generación sólo hemos tenido que esperar un año: algo se mueve, les repito, dentro y fuera de nosotros, algo está cambiando en la región oscura y maltratada de los libros, y sería lamentable que ese aire inédito de renovación se malograra. No tengo grandes esperanzas ni creo ingenuamente que nuestros libros, los libros, arrasen todas las fronteras del desconocimiento, pero tampoco me parece que eso sea imprescindible, porque nadie tiene la obligación de escribir ni de leer y porque el trato con la literatura ha sido siempre una costumbre recóndita que exige, sobre todo, la más limpia soledad. La literatura es un pequeño país asediado y orgulloso que no se rinde nunca a sus invasores. Es uno de los pocos reinos estrictamente íntimos que nos quedan. Stendhal dedicó la cartuja de Parma «to the happy few», es decir, a unos pocos hombres felices de estar solos y de no ser muchos. Juan Ramón Jiménez deseaba

dirigirse a la «inmensa minoría». No se trata de una repulsiva afirmación de elitismo, sino de la conciencia de que el acto de la escritura o de la literatura no se celebra a voces ni en medio de la multitud, porque es la más delicada y radical demostración de la soberanía de un hombre, de su irreducible libertad. La lectura nos sitúa en un estado de espíritu semejante al de la amistad o el amor: estamos a solas con quienes hemos elegido, con quienes son iguales que nosotros. El lector siempre se adentra en un libro único, porque su percepción es distinta a la de cualquier otro que lee ese mismo libro. El mundo moderno se estableció sobre el acto individual de la lectura favorecido por el prodigio de la imprenta, que por primera vez multiplicaba indefinidamente la posibilidad de acceso a los libros. El libre examen significa eso: que la *Biblia*, es decir, el Libro, puede ser leído en soledad e interpretado por cualquiera a su libre albedrío.

Recuerden ese cuadro de Holbein en el que se ve a un humanista leyendo: está solo y atento, absorto, con una tranquila expresión de felicidad en las pupilas y en los labios, que nos parece que sonríen. Ese hombre es cualquiera de nosotros cuando rompemos transitoriamente los lazos de la realidad y del mundo y nos asomamos a las páginas de un libro. Yo no conozco un paraíso mejor. Ahora,

cuando salgamos de aquí, lo encontraremos en la tarde de mayo, en la luz abierta de las calles.

*Conferencia leída en Granada,
el 23 de mayo de 1992, con motivo
de la XI Feria Provincial del Libro.*

ÍNDICE

LUIS GARCÍA MONTERO

¿Por qué no sirve para nada la poesía? 7

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

La disciplina de la imaginación 43
Las hogueras sin fuego 61